

EL UNIVERSO ENTERO ME ES ADVERSO

Yo no era aún el Gato Vera, director de películas *zombies*, ni Arturo Letrán el eterno pretendiente al Oscar por esas cintas bobas que luego supo hacer. Eran tiempos simples, de víspera y adviento, y lucíamos como los retratos de un anuario escolar: cabello abundante, pellejo lustroso, un aliento que no era aún veneno manando desde tripas amoratadas, podridas. Había cumplido recién los dieciséis años: el tedio y la deserción escolar me llamaban. Y quiso el destino (fórmula, ésta, menos huera de lo que se dice) que una mañana encontrara al tutor perfecto. No muchos hombres consiguen identificar el día en que se volvieron unos canallas. Me siento afortunado.

Fui echado de la escuela por rayar las paredes de un baño. No iba a volver a casa y confesarlo: tomé un camión y lo visité, le pedí empleo. Pareció interesado.

—Lo que vas a hacer podría hacerlo un chango. O una chica guapa. O hasta yo. Pero ni chicas ni changos quieren trabajar quince horas seguidas. Y yo, si disparo la cámara, regreso allá, muevo los muñecos, regreso acá y disparo y regreso y muevo, me tardo el doble.

El estudio de filmación. Una habitación sin ventanas, de techo altísimo; un almacén poblado por cables, mesas atestadas de papeles y latas de cerveza, muros repintados de negro

y, por aires y suelos, las luces: reflectores que asaltaban ojos y piel, pendientes de arneses y rieles, sostenidos por trípodes, derribados en el suelo a merced de un pisotón casual o malintencionado. Polvo en cada centímetro: apeñuscado por los rincones; extendido por los muros como salpullido; descendiendo cansinamente en los haces de luz; colándose por la nariz y arañando la garganta con uñas insufribles.

El lugar lo dominaba él. Se llamaba Roberto y le decían el Animal. Era chaparro, forzado y renco. No es que fuera enano, me llegaría a la quijada, pero yo tenía dieciséis años entonces y me evadía, como de costumbre, del sopor de las clases matinales, mientras que él había cumplido veintisiete y no levantaba metro y medio del suelo. El Animal necesitaba un chango que disparara la cámara y allí estaba yo, a punto de devenir mico proficiente.

El sueldo que me ofreció no era pésimo, si consideramos que la ley vedaba que se le diera trabajo a un menor (sin prestación alguna ni seguridad social ni horarios fijos, aunque miles en el país lo aceptaran, de hecho, y murieran calcinados, despellejados o descuartizados en horarios laborales sin que sus patrones mandaran ni una coronita de flores al sepelio) y que la faena podría haber sido consumada decorosamente, como ya se ha indicado, por cualquier antropoide viviente. Todo se limitaba a pulsar el disparador cuando el Animal dijera “ya”.

—Le pedí a una amiga que hiciera el trabajo. Pero a su madre le preocupa que un cochino como yo la seduzca. No la dejó.

Rascó sus testículos, para dejar claro que el temor no resultaba hipotético, y escupió en un rincón. A esa costumbre se debía que, allí en donde sus esputos aterrizaban, pros-

perara una sustancia membranosa que se exaltaba en charcos y manchones y que habría que retirar, en algún término futuro, con espátula y mohín de asco.

—Es por los bronquios. Siempre toso —ésa era la explicación.

La alternativa era volverse a la biología, el despeje de ecuaciones, los rudimentos del civismo contemporáneo. Sentarme en un banquito de madera y ser un chango me convenía más. El Animal entregó el disparador como quien cede a un extranjero las llaves de la ciudad. Caminó a tumbos hacia el escenario y comenzó a manipular los engendros de plastilina: una muñequita pálida y unas galletas.

—¿Sabes dibujar?

Confesé que no, que apenas sabía manchar los muros con pintura en aerosol; que, a veces, lo hacía ayudado por una plantilla para dar sentido a mis borrones. El Animal quiso verlo y le expliqué brevemente, unas rayas en el cuaderno de física, cómo fabricar un estencil y llevarlo a un muro. Ni el proceso ni el resultado le interesaron a juzgar por sus bostezos.

—¿Has escrito algo?

—No.

—¿Lees algo?

—Algo.

—Eres el auxiliar que merezco.

Ni firmamos un contrato ni nos estrechamos las manos. Pasé a ser su esbirro y permanecí en ese puesto, salvo por algunos malos instantes, durante años.

Nadie tiene la obligación de saber cómo se hace la animación en plastilina ahora que es una reliquia, desplazada al

asilo de las técnicas obsoletas por la animación computarizada. El Animal era la mayor estrella de la plastilina y el caucho en la ciudad, lo que poco tiempo después equivaldría a ser el último artesano de la goma de chicle del planeta. No hay misterio en el arte que practicaba: se elaboran muñecos y escenarios, se retratan, se les mueve, se les vuelve a retratar. Luego se edita de forma que aparenten movimiento y se intenta cobrarle a algún bendito por el resultado.

El Animal no dejaba pasar un minuto sin vanagloriarse de sus relaciones carnales con toda clase de agencias de publicidad y recitaba su currículum a cada tictac de reloj, quizá para imponer respeto o quizá porque a él mismo le parecía deslumbrante: había elaborado, tic, en poco más de cinco años, tac, avisos para la Feria del Libro, tic, una marca de sopas instantáneas, tac, una firma de rotuladores, tic, y hasta para la cámara de cultivadores de plátano del país, tac.

(El aviso de los plátanos, a consecuencia de la candidez o mala leche del productor, resultó de una obscenidad tan pasmosa que nunca llegó a ser transmitido y tampoco se pagó, lo que vendría a ser el primero de los incontables líos del Animal con la cobranza; el mensaje, por cierto, consistía en una serie de labios femeninos que succionaban plátanos a medio pelar, mientras un locutor declamaba *ad nauseam* las bondades del fruto: “Rico, nutritivo, sabroso y llenador; rico, nutritivo, sabroso y llenador; rico, nutritivo, sabroso y...”.)

Lo que nos proponíamos filmar aquel día, el primero de mis labores de esbirro, era un comercial televisivo para Galletas Moniní: una muñequita de falsa harina bailaba tap y entonaba una cancioncilla en compañía de pastas variopintas. La letra de la copla rezaba: “Date gusto... Moniní... dales gusto... Moniní... dame gusto... Moniní... ¡Ay, qué gusto... Moniní!”.

Un hombre sensato habría citado en aquel momento al productor y exigido seguridades, o, al menos, dejado constancia de sus reparos ante el cliente. El Animal sólo escupió otra masa carnosa al rincón, se limpió las comisuras con la hoja (espantosamente arrugada) del guión visual y regresó al trabajo.

—Que le dé gusto por el culo, si quiere. Lo mismo lo voy a cobrar un millón.

Sentía un placer voraz, lo fui sabiendo, al vocalizar la frase “un millón”. Quizá por ello su costumbre de afirmar lo siguiente que se le vino a la boca:

—Carajo. Si me dieran un millón, haría la mejor película de la historia.

Nadie iba a extenderle un cheque por la cantidad solicitada, así que resultaba imposible acreditarle falsedad. Yo le creí con la fe que suele concederse, en la adolescencia, a las historias de los tipos mayores. Y quizá eso explique lo que pasó: el Animal narraba peripecias demenciales y yo las creía y repetía. No me pareció extraño, por tanto, que comenzaran a ocurrirme a mí. Dejé de frecuentar las tierras que todos conocemos y entré, sin saberlo, al mundo fantasma.

Conocí al Animal meses antes.

Una mañana, mi hermano informó que había invitado a comer a un amigo de la Universidad, un tipo mayor que estudiaba por pasatiempo. Mi madre, que cada día se largaba al trabajo apenas terminaba de cocinar, dejó un plato más en la mesa y se evaporó. Dejó un plato extra, sí, pero la ración guisada era la misma y cuando el invitado apareció hubo necesidad de incautarse la comida de mi hermano y gran

parte de la que me habría tocado a mí para que tuviera viandas suficientes que llevarse al buche. Comimos papas fritas y bebimos leche de vainilla mientras él tosía y escupía, se atacaba la carne con frijoles y se lamentaba de que estuviera demasiado salada como para resultar aceptable. No se piense, sin embargo, que el Animal era un miserable. A media tarde le volvió el apetito y pidió pizza para todos.

Su segunda venida, como dicen que será la del Cristo, resultaría menos amistosa.

Antes de estudiar literatura, mi hermano había sido alumno cabal y muchacho prudente. Semanas después de matricularse en la universidad era un borracho de tiempo completo, amistado con toda clase de tipos peludos que habían decidido ser artistas: sujetos que entonces parecían brillantísimos y que, a la postre, demostrarían haber nacido con talentos apenas equivalentes a los de sus padres —panaderos, abogados, comerciantes—. Pero a esos peludos, a todos los peludos, les había sido deparado envejecer infectados por una desesperación del tipo “ustedes no saben lo trascendental para el espíritu que pude ser” que jamás afligirá a ningún panadero. Tal matiz los dotaba de una melancolía que paliaban abandonándose al alcohol, la promiscuidad y los químicos. Así sucedía durante un tiempo, al menos, antes de que se entregaran, como el resto de los mortales, al salario mínimo y la seguridad social.

No había viernes por la noche que mi hermano pasara en casa. Con el puritanismo (o envidia) de mi adolescencia, hervía de indignación cada vez que aparecía, apestoso a alcohol y recién vomitado, sólo para que el alivio de mi madre al encontrárselo vivo la llevara a declarar clausurados los trabajos del congreso nacional de su histeria y perdonarlo. Lo sentaba a la cabecera de la mesa, le servía chilaquiles y café y

procuraba sonsacarle alguna verdad de entre la maleza de invenciones con que justificaba sus andanzas.

Una mañana de sábado tardó demasiado como para merecer benevolencia: mi madre, enardecida, se marchó a buscarlo por hospitales y comisarías. Apareció cerca del mediodía, acompañado por el Animal, saboreándose ambos los chilaquiles y el café. Se mostraron contrariados por no encontrarlos servidos.

—Mamá te va a matar. Está en los hospitales, buscándote —dije con mi mejor tono chismoso y pendejo.

—Pues a ver qué muerto se encuentra —farfulló el Animal, que se había echado en un sillón y paseaba la vista por los escotes abiertos de los libreros—. Acá leen pura mierda, ¿eh? —agregó con gentileza.

Mi hermano intervino para defender los títulos increpados y pronto se enzarzaron en un debate estético que me pareció de altísimo nivel y que seguramente fue una bobada. Pero más importante que el altercado fue que el Animal, de improviso, agachó la cabeza en un ángulo chocante (se notaba desde entonces la rigidez de la espalda) y lanzó la zarpa en pos de algo que entrevió en la segunda fila y que solamente yo sabía que se encontraba allí.

—*Memorial de Alta Magia* —leyó—. Esta mierda sí la leo.

Mi hermano respondió con una de las mejores muecas de desconcierto que le he visto a nadie en la cara desde los tiempos en que los romanos prendieron al Cristo, lo sometieron a una sesión de interrogatorios judiciales científicos y terminaron por dejarlo clavado a un palo.

Mi padre nos había abandonado sin legarnos más que una serie de cajones enmohecidos. Reposaban en ellos decenas de volúmenes sobre materias magníficas: ocultismo, quiromancia,

tarotismo, sexo tántrico, liberalismo económico. Durante años reputé a mi padre como un iluminado, capaz lo mismo de adivinar el futuro financiero del país que de arrojar llamas por las fosas nasales si se encontraba en peligro. Tristemente, no sólo era incapaz de ello, sino que jamás le habría pasado tal cosa por su cabezota: el lote de libros le fue cedido en prenda de una deuda que no llegó a ser saldada y él, resignado, los almacenó como otra más de sus capitulaciones ante la fortuna.

El *Memorial de Alta Magia*, hinchado de recetas de improbable consumación (para volverse invisible, por ejemplo, resultaba menester masturbar a un gnomo, contener sus emanaciones en un frasquito y, sin perder la seriedad, tragárselas), con aquellas pastas pulverulentas y arruinadas, encandiló al Animal. Sin pedirlo siquiera, y dado que mi hermano negó cualquier conocimiento o interés en su existencia, se lo echó a la mochila y procedió a largarse de casa, ya que no había chilaquiles o café para retenerlo. Aterrado ante la posibilidad de que mi familia indagara en mis intereses sobrenaturales, guardé silencio. Pero odié al Animal y seguí odiándolo cada vez que volvió a asomarse por casa sin dar visos de reintegrar el *Memorial de Alta Magia* a su rincón.

El productor del comercial de Galletas Moniní apareció, sin advertencia previa, la mañana de un viernes. Calvo, pálido y lonjudo: ropajes y lentes negros y una sonrisa que recordaba el enrejado de una cloaca. Había tomado el primer avión desde la capital y, antes de visitarnos, se había detenido a desayunar en una fonda en la que los huevos con chorizo resultaron tan nauseabundos que lo pusieron de un humor infame. La ira le desbordaba del gañote, en forma de bufidos,

cuando apretó el timbre del estudio. No funcionaba. El tipo tuvo que golpear la puerta y esperar veinte minutos.

Es muy posible que antes de echar a perder un comercial de plátanos y prepararse para hacer lo propio con uno de galletas, el productor hubiera sido una notoriedad en la materia: el gurú de la consigna seductora, el redentor del *jingle* memorable. Cómo saberlo. A esas alturas, nada en su febril comportamiento llegaba a explicar que alguien sin un kilo de cocaína campanilleándole el hipotálamo depositara su confianza en él.

Escuchamos, finalmente, los gritos y golpes y corrimos a su encuentro. Su risita de cañería nos desarmó. El tipo dio dos brincos, miró con recelo los monstruos alienígenas de goma que decoraban la recepción del estudio y se escurrió con un gruñido que mezclaba acidez estomacal y desasosiego estético. Antes de presentarse, comenzó a maldecir.

—Qué putas es esa mona.

Hasta ese día, el Animal había sido ante mis ojos un huracán, un dios Pan indomable. Qué vergüenza, verlo sometido: su voz, un puro silbido soso, aterrado, extinguiéndose en la brisa.

—Es... la Moniní.

—Sí, pero de qué mierda la hiciste.

—De plastilina.

—Esa mierda no sirve. Hazla de plástico.

—¿Plástico?

—Látex.

El productor no se percató de ello, pero el Animal había perdido diez centímetros en los segundos transcurridos. Apenas era posible verle la cabeza desde el otro lado del estudio y seguía achaparrándose mientras el invasor daba vueltas en torno al escenario.

—Sobra luz. No quiero que esto parezca Disneylandia. Ni madres. Menos luz, menos. Y látex. Hazme todo esto, pero en látex.

—La plastilina tiene mejor textura —me atreví a sugerir.

El monstruo volvió la oreja y dirigió su dedo hacia mí. Chillaba.

—¿Qué es *eso*, cabrón?, ¿qué es *eso* que habla?

—Es sólo el gato —describió el Animal. Tal era el modo, profundamente clasista, en que los naturales de la ciudad de _____ denominaban a sus empleados: gatos.

—¿El *gato*?

El Gato.

El Animal no entró en más aclaraciones y optó por concederme el título profesional más impresionante que he recibido en vida.

—Es el Operador de Cámara.

—¿El operador, un niño? No mames. ¿Te lo coges?

El Animal levantó las cejas y le opuso, homérico, su metro y medio.

—No. No voy a hacer nada con plástico ni me cojo al operador ni quiero que muevas las luces.

El reptil adelantó la pata hacia el enano y lo apartó de un pisotón.

Unas palabras minúsculas surgieron entre el polvo:

—Lo que digo es que hacemos lo que sea. En látex. Como quieras.

No sabía lo que era el expresionismo alemán hasta la mañana en que fuimos a recoger el rollo revelado de la Moniní y lo proyectamos en el estudio. El Animal tenía un socio, un

gigantón gordo y rubio llamado Arturo Letrán, quien de cuando en cuando asomaba los mofletes por la filmación y evacuaba algún comentario desalentador sobre lo que veía. Letrán nunca llegó a dirigirme la palabra ni a conocer, supongo, mi nombre: me saludaba con una inclinación de cabeza y sonreía por entre unas barbas pajizas.

Revisamos el comercial dos veces, en silencio. Se movía bien, la Moniní, y hacía transitar con toda propiedad el cucharón entre sus piernas mientras las galletas daban cabriolas a su alrededor. Pero algo no funcionaba: el comercial estaba oscuro, lo que atribuí a una falla del proyector o del propio revelado. Nada: eran las luces, malamente rectificadas por el productor, las causantes del desastre.

Al Animal se le inflamaron las venas del cuello. Daba vueltas como un perro con comezón en el culo y repasaba las imágenes desde ángulos desiguales, hasta que se convenció de que no enceguecía: aquello parecía iluminado por un quinqué.

—Esto es expresionismo alemán. Berlín después de un bombardeo. En lugar de *moniní monaná*, que la mona cante *Lily Marlene* —juzgó Arturo al ser interrogado.

—El productor movió las luces. ¿Qué putas hago?

—Estás bien pendejo, Animalito —respondió Letrán.

Envalentonado luego de algunas cervezas, el Animal recuperó la dignidad. Carajo: el productor de mierda ya lo había arruinado una vez y no iba a permitírselo de nuevo. Era el Animal y no el productor quien había animado aquellos comerciales de plastilina de la Feria del Libro (tic) que todo santo viviente había enaltecido en las agencias (tac). Era el Animal y no el hijo de puta del productor (tic), quien había conseguido hacer una versión asombrosamente realista de

una sopa instantánea (tac), pues resultaba imposible que los fideos habituales danzaran como esperaba la clienta (tic). ¿Quién era el productor (tac), simple capataz culero incapaz de digerir unos huevos con chorizo (tic), para cambiarle de lugar las luces (tac)?

El Animal se empujó una cerveza en dos tragos y lanzó un eructo que resonó en las paredes como un presagio. Expectó luego. Otro kilo de gelatina se acumuló, a su cuenta, en el rincón.

La cámara que utilizábamos debería estar hoy en un museo. Y quizá lo estaría, de no ser porque el Animal tuvo una mala racha, que duró el resto de su vida, y debió desprenderse de ella. Era una reliquia utilizada por el gran fotógrafo Figueroa para *La perla* y doscientas películas menos ilustres. Luego de haber sido olvidada o rematada en Estados Unidos, algún loco en San Francisco o Wichita Falls había reparado su motor y tripas y el mecanismo servía ahora para la animación de cuerpos fijos. Cuando uno pulsaba el disparador, en el celuloide se fijaba un cuadro y la cámara se detenía en lugar de seguir, como sucedía con sus vulgares hermanas. Ingenualmente, y debido a que cada vez que pulsaba el botón transcurrían unos segundos de zozobra antes de que el mecanismo se pusiera en marcha, pregunté al Animal por qué no jubilaba aquel vejistorio y adquiriría uno más apropiado a sus fines.

—No hay comparación entre la calidad de esta chica y lo que podría conseguir hoy. Ya no hacen cámaras así. Figueroa se la compró a un tipo que estuvo en la Segunda Guerra. Y ese tipo filmaba un noticiero para cine. O sea: la

chica estuvo en Normandía en 1944 y al año siguiente fue segunda unidad en *La perla*. Es invulnerable. Tiene un mecanismo que la hace correr aunque la empujes por agua o arena.

Para reforzar el punto le dio, al pasar, una palmada en donde se le ubicaría el anca. Manipuló a la Moniní mientras silbaba *El puente sobre el río Kwai*.

—Ya.

Pulsé el botón.

No sucedió nada.

—Ya.

La cámara se puso en marcha con un gorjeo como el que arqueaba el torso del Animal al escupir. Tomó la foto.

—Ya.

Pulsé el botón. Otro fotograma. Si avanzábamos al ritmo de esas horas iniciales, tendríamos unos segundos de animación listos antes de la salida del sol.

—Ya.

El Animal había trabajado como cajero en un banco para adquirirla. Le pregunté si la filmadora de Arturo, que pasaba las noches abandonada en una caja metálica, había sido comprada mediante el mismo procedimiento.

—Arturo es un Letrán, no un cualquiera. Mientras se gana el Oscar, su padre lo mantiene.

Pese a la pulla, el Animal no era tipo de envidias. No le interesaban los millones del padre de Arturo ni los guiones que el socio preparaba en la oficina del fondo.

—Antes planeábamos películas de terror. Nunca hicimos ninguna, sólo cortitos, pero íbamos a hacerlas. Ahora, Arturo sólo piensa en películas *serias*. Me dejó la plastilina y se dedica a ser Sófocles.

El Animal no había leído una sola página de *Edipo*, pero el nombre le invocaba algo a la vez respetable y absurdo y lo citaba con perfidia.

—Ya.

Otra tos devino en escupitajo. La cámara no se movió.

—Ya.

—No se mueve.

—Ya.

—No se mueve.

Justo cuando el Animal iba a arrojarme a la cabeza una de las luces de dos mil watts, el mecanismo se puso en movimiento.

—¿Lo ves? Es imposible que pare. Tiene un sistema que evita todo: el agua, la arena, el polvo; evita que se atore el celuloide o alguna pieza. Es segurísima. Ya.

Pese a las humillaciones a las que lo había sometido el productor, al filmar el Animal florecía. De pie junto al escenario, brazos cruzados y barbilla alzada doce grados (la rigidez del cuello no permitía ni uno más), admiraba la luminosidad conseguida. Pasaríamos del expresionismo a la crema pastelera y cobraríamos un millón por ello.

—Ya.

Nada sucedió.

—Ya.

No reaccionó sino al escuchar los cloqueos del botón, al que yo pulsaba furiosamente en espera de resucitar al equipo.

—A ver, deja. ¡Deja!

Trotó a mi lado y me arrebató el disparador. Lo pulsó. Nada. Dos, tres, nueve veces. Por fin, luego de sacudirlo como un cubilete, algo se agitó. Sucedió el milagro: de una ranura comenzó a ser expulsada, a gran velocidad, una tira

de celuloide mutilado. El Animal emitió un berrido como el que daría un hombre que descubriera a sus hijos ahogándose en la laguna negra. Intentó detener la hemorragia con torpes dedos —la ranura de la cámara, carótida del degollado—. No pudo conseguirlo; cayó de hinojos.

—No mames. No mames. No puede ser. *Se trabó*. Se comió la película. Era el último rollo y faltaba la mitad. Perdimos todo. Estoy jodido. ¡Estoy jodido! ¡Arturo! ¡Estoy jodido!

Su voz era el bramido de un Lohëngrin.

Arturo gritó algo sobre la imbecilidad del suplicante y no acudió. Arrodiado, el Animal alzó los brazos. Clamó al cielo raso, cuajado de polvo, luces y rieles, y pronunció la frase por la que nunca podré olvidarlo:

—El universo entero me es adverso.

Algo de Sófocles, después de todo, había en él.

El Animal conducía una desquiciada camioneta vieja que cada mediodía, de camino hacia la universidad, estacionaba frente a nuestra puerta. Mientras mi hermano se alistaba, el invitado engullía la comida que siguiera en la mesa o las cazuelas y no estuviera incontestablemente ensalivada o fuera puro hueso. En una de aquellas esperas me atreví a sondear por el destino de mi *Memorial de Alta Magia*.

—No sé. Lo llevé a mi casa, pero a mi madre esas cosas la asustan.

—La magia.

—Los libros.

La aventura del comercial terminó, por supuesto, en hecatombe: los huesos de la cámara invencible, en el taller; el Animal, endeudándose hasta el límite de la delincuencia con

el productor; los clientes, enloquecidos de desencanto ante el espectáculo de la Moniní expresionista; mis jornales, sin liquidar, y, como exclusivo consuelo, la recuperación del *Memorial*, que el chaparro, no sin renuencias, trajo de vuelta una noche.

Por simples ganas de escapar de clases me presenté en el estudio el siguiente lunes, tan temprano que mi amigo no había asomado aún. Arturo Letrán abrió la puerta. No me saludó. Con las luces de filmación apagadas, el lugar era penoso: un par de neones arrojaban más tinieblas que resplandor sobre las mesas. Olía a polvo y sudor, a flemas y plastilina y decenas de bálsamos que mi nariz no estaba en condiciones de clasificar. En el refrigerador había una cerveza. El Animal me encontró muy cómodo cuando apareció: hacía equilibrios en mi banquito de madera y agregaba algún gargajo a los que él había incrustado en la pared.

—Tengo una cita —informó con solemnidad.

—¿El productor, de nuevo?

—Una chica.

Mi amigo estaba vestido de un modo que, en su concepto, podía pasar por elegancia: camisola abierta hasta medio pecho; solapas tan generosas que semejaban una gaviota; zapatos de charol. Sudaba; se le olía víctima de la mezcla de sus secreciones con una porción fatídica de colonia.

—Apesta.

—Espero que no le importe. Es ciega.

—Pero tendrá nariz.

Parecía insólito que un sujeto de su edad no tuviera tras de sí experiencias suficientes como para evitarse las palpitaciones que lo sacudían.

—Nunca he tenido suerte con las chicas —se excusó.

—¿Y de dónde salió la ciega?

—Vamos al mismo doctor y nos hacen esperar.

—Pero tú no eres ciego. Tienes algo en los bronquios.

—Igual ella. Vaya: no en los bronquios; en la nariz. No tiene casi olfato.

—Ni ve nada, tampoco.

—No. No verá que soy enano ni notará que apesto.

Tanta lógica lo puso de buen humor. Se dedicó, entonces, a narrar su carrera como Don Juan, cuyo mayor éxito se había producido la noche en que consiguió tentear a una ebria durante una fiesta.

—Nunca has tenido chica.

—Ni alquilada.

—No mames.

La conversación dio un vuelco, pues el Animal conservaba la costumbre escolar de intercambiar cuentos venéreos con los amigos y procedió a interrogarme sobre mi pasado que, pese a constar de más episodios que el suyo, tampoco era para carearlo con el de Casanova. Me incomodó el interés: temí que mis revelaciones acabaran por llegar a oídos de mi madre. Narré brevemente mi revolcón con la chica de la papelería.

—¿Cómo se siente?

—¿Qué?

—Entrar.

—...

—Metérsela. A una.

—¿A una ciega?

—No sé. A cualquiera.

Estas intimidaciones, sin embargo, no eran conocidas por Arturo o el Animal se empeñaba en fingir ante él. Cuando

Letrán asomó, una vez liquidado el pedazo de obra maestra del día, insistió en preguntar quién era la mujer a la que visitaría el Animal vestido de aquel modo —lunático imitador de un maniquí—.

—Respétame —respondió el Animal—. Voy a cogermé a una ciega.

El gordo se rascó las barbas. Ensayó un silbido apreciativo y palmeó la corva espalda de su asociado. Sófocles le concedía una gotita de simpatía de vez en vez.

No por delicadeza sino porque falté al estudio varias semanas y el Animal no pasó por casa durante más de un mes, fue que no inquirí los resultados del encuentro con la cieguita. Comenté el asunto con mi hermano: especulamos sobre las posibilidades eróticas de una pareja formada por una invidente sin olfato y un chaparro con problemas de bronquios y espalda. Llegamos a la conclusión de que debieron pasársela terriblemente mal y no volverían a verse.

Un lunes fui sorprendido por el maestro mientras me evadía de la escuela a través de las canchas de basquetbol. Tuve que reconcentrarme en los estudios. Mis primeros semestres de preparatoria terminaron con una ristra pasmosa de faltas e indisciplinas y mis calificaciones no alcanzarían a ganarme un lugar en la universidad. Decidí remediar la situación antes de que mi madre resolviera arrancarme la piel a tiras y comencé a asistir con mayor frecuencia a clases, a cumplir con los trabajos que me solicitaban y hasta a escribirlos por mí mismo.

Cuando requerí un planisferio para una tarea, acudí a la papelería. Allí, mientras la dueña rebuscaba mi encargo, me

recontre con su hija. La conocí a fuerza de visitar cada día el local y nuestros amoríos se habían limitado a unas cortas escapatorias a su habitación. La chica —Susa, se llamaba— sonrió al verme, la cabeza gacha. La invité al cine. Nos prometimos el sábado por la tarde.

—Me gustan los cines oscuros —agregó, como si la suya fuera una frase que debería ponerme en ebullición.

Lo consiguió. Pero no tenía dinero ni modo alguno de obtenerlo a menos que el Animal hubiera sido capaz de cobrar un adelanto de lo que fuera o conseguido el perdón del productor por el *affaire* Moniní. Olvidémonos de pretensiones como preservativos o el alquiler de una habitación por horas: no podría permitirme ni una cocacola.

Corrí al estudio. El Animal se recortaba las uñas con unas tijeritas: la punta de la lengua le asomaba por una comisura, como quieren las representaciones de niños tontos y esforzados en las caricaturas. A su lado, Arturo leía en voz alta pasajes de un guión, dando brinquetes de un lado a otro y manoteando mientras los daba. Mi llegada lo irritó lo suficiente para interrumpir la declamación. Murmuró algo sobre pasar en limpio lo aprobado por los meneos de cabeza del Animal y se refugió en su covacha. Mi amigo siguió concentrado en limarse los juanetes.

—Qué bueno que llegaste. Hace una hora que no entendía. Es algo sobre un lobo que salva a unos niños.

—Necesito dinero, Animal.

—Y yo. Me caería de poca madre.

Decidí ablandarlo antes de proceder a la súplica o la tortura y le pregunté por su cita con la ciega. Carraspeó con una fuerza que rara vez se le notaba en las filmaciones y escupió un trozo descomunal de magma.

—He descubierto que soy una máquina sexual.

Pasó las horas posteriores a que se produjera aquel triunfo de la autocomplacencia (Arturo asomaba su cabezota por la puerta del despacho cada tanto, para ver si me había largado y si podía continuar con la lectura de su obra maestra) enterándome del historial clínico de su cita.

La ciega, quizá por tener estropeadas pupilas y fosas nasales, era más impetuosa que una foca en sus días fértiles. Apenas se quedaron solos, le metió la lengua en la boca y comenzó a manosearlo.

—Para los aromas fuertes, al menos, conserva el olfato. Me dijo que olía como un perro.

—Qué orgullo.

Tenía, además, nalgas de diosa nórdica y moral de marino adicto al *crack*. El coito se prolongó a tales extremos de atletismo, siempre según el narrador, que la mujer alcanzó el clímax diez o doce veces y sus fluidos terminaron por convertir en alberca el tapete del salón. Como la resistencia del Animal no menguaba y como hasta las ciegas ninfómanas se agotan, llegó el momento en que la chica se aplicó en hacerlo eyacular con ayuda de sus industriosos dedos y una lengua incomparable (que, por una paradoja del discurso, luego de ser denominada así fue inmediatamente comparada con una boquilla de aspiradora, una bomba de succión hidráulica y, más misteriosamente, con el filtro de una cafetera). Volvieron a aparearse, diez veces en quince días. Cada ocasión, el mismo ritual. La familia esfumada, la ausencia celestina de la asistente, el ataque frontal.

No creí una palabra. No creí que la ciega existiera, que fuera millonaria y lasciva, que exprimiera al chaparro y se quedara tan satisfecha con ello, que fuera capaz de hacerlo regresar

diez veces más a su abrazo, como hechicera del mundo antiguo. Para evitarme la narración de sesiones más recientes (en las que, al parecer, habían descubierto el mundo inagotable de los disfraces de poliéster) expuse mi petición de socorro.

—Animal, invité al cine a una chica. Y no tengo dinero.

Letrán salió de su cueva con el mismo humor de verdugo con que se había enclaustrado. Declaró que aquélla era su empresa y, por tanto, seguiría adelante con la lectura del guión. El Animal bostezó, devolvió los calcetines a sus pies y solicitó que la representación no se produjera antes de que pudiera ofrendar la llamada de las tres de la tarde a su amada. Arturo se puso púrpura.

Nuestro amigo tardó cuarenta minutos en volver. Distraje el tiempo intentando leer, sin éxito, los pormenores del guión, en el que Letrán tachaba o agregaba palabras con una estilográfica. Apareció al fin el Animal. Una sonrisa de gorila maduro le partía la cara. Hizo un gesto a su socio y se apoltronó a escuchar.

El guión no era pésimo. El Animal comenzó a refunfunar a los cinco minutos, pero la historia de la mujer vuelta lobo era menos zopenca de lo que suena y las escenificaciones de su autor resultaban, al verlas en primera fila, bastante entretenidas. Arturo sudó, palideció, recuperó el color mil veces y gruñó como un cerdo durante el recuento de la persecución final. Cuando al fin cerró la boca, aplaudí. No creo que mi gesto lo conmoviera. Se talló las barbas con las manos, como un gato enorme, y se empinó un jarro de agua.

El Animal tuvo el gusto de desperezarse.

—¿Ya? No va mal. Aunque eres consciente de que esto no es horror sino melodrama, ¿no? La loba es un símbolo muy simple. Y falta sangre por todos lados.

Arturo no movió una pestaña. Arrugó un milímetro el puñado de hojas. Se relamió con lengua colérica y se disponía a hablar (enhiesto sobre las puntas de los pies, como si fuera a dar un brinco al Cañón del Colorado) cuando ganaron la puerta dos mujeres. Una chica delgada, vacilante, de gafas negras; tomada de su brazo, otra con pinta de enfermera.

—Mi amor —adivinó el Animal, poniéndose en pie.

No llegó a presentárnoslas. Él y la ciega se besaron con una violencia que haría parecer contadores públicos a dos mangostas. Pasaron a conversar sobre el clima nuboso y fresco, sobre las terrazas más proclives para disfrutarlo y sobre cómo se paladearía mejor un *cappuccino*: acompañado de cinzano o jerez. Arturo lucía más trastornado que furioso. El guión era ya una bola retorcida en su mano. Los amantes llegaron a un acuerdo sobre el lugar al que se dirigirían y salieron al pasillo sin concedernos una mirada. La asistente de la ciega pulsó el botón del elevador. Sólo entonces el Animal se desprendió de su conquista y emprendió la carrerilla a mi lado.

—Toma. Mi chica me prestó.

Puso en mi mano unos billetes. Luego desapareció. Resplandor de muelas sonrientes.

Se hacía recortar el cabello, Susa, en puntas asimétricas que, a veces, le acariciaban los ojos, el labio superior. Tenía la costumbre de morderse uñas y pellejos circundantes. Una vez arrancados y acompañados por dosis espléndidas de saliva, amasaba proyectiles que expelía a la cara del interlocutor. Acertar en la boca abierta del compañero de charla y hacerlo atragantarse era el premio mayor. Resultaba notable que una chica de rasgos amables, como los suyos, se afanara en esas guarradas.

—Un ligue —reía ella al acertarme. Jamás entendí a qué carajos se refería—. Un ligue. Otro.

Deleitaba, a Susa, que le olfateara las manos antes de acercármelas a la cara y más de una vez me obligó a meterle la cabeza bajo las faldas y husmearla. Nos sentábamos en los parques o camellones y nos toqueteábamos. O combatíamos con lengua y dedos. Un día, mientras ella mordisqueaba un pan, sentada en mi regazo, recargó la frente en mi pecho y vimos anochecer y, cuando llegué a casa, mis manos olían de tal modo que tuve que desahogarme y pasar diez minutos bajo la regadera para que su olor me desalojara.

—Cruel —dijo ella, por teléfono. Yo nunca entendía.

Cuento esto ahora, pero no lo relaté al Animal mientras sucedía, pese a que se ocupaba de preguntarme por Susa y la papelería cada vez que nos mirábamos. Por fortuna, durante un tiempo fue raro que se encontrara en su estudio y no cogiéndose a la ciega en algún lecho desbordado de flujos, dejándome la sola opción de enfrentarme, al llamar a la puerta, con la jeta de Arturo, su mueca de concentración estorbada.

Una mañana, mi amigo fue quien abrió y me estrujó contra el pecho, radiante como orangután. Apestaba a sudor y a cinco intentos de paliar la transpiración con perfume. Reparé en que no se le oía toser desde que se acostaba con la ciega.

—Mi chica tiene una hermana.

—Y descubriste que te has estado cogiendo a la hermana y es espantosa.

—No. Es guapa. De dinero, además. Cenamos con ella, anoche. Le caí en gracia, creo, porque mi chica le dijo que me quiere. Y resultó que es productora, la hermana. Conoce a Arturo, incluso. Le voy a sacar un millón...

Cinco minutos después habíamos planeado un largometraje. Pero la cuñada tenía planes menos significativos. Buscó al Animal y le propuso hacerse cargo de “un contrato pequeño, que pueda funcionar”, según su recado en la contestadora telefónica. Barrimos, retiramos el polvo con una aspiradora y hasta lavamos los alienígenas de goma que decoraban la recepción y que, en días de mal humor, los socios colocaban en toda clase de posturas deshonestas: felaciones, sodomías. La discordia apareció cuando el Animal me entregó una espátula y señaló con dedo admonitor, Nelson en Trafalgar, los rincones del estudio.

—No pueden quedarse así.

—Animal...

—Hazlo.

—Animal: son *tus* pinches gargajos.

—No te estoy pidiendo que te los tragues. Aquí eres el gato, cabrón. Hazlo.

Arturo tuvo a bien asomarse. No dudó un segundo de lo que se me requería al encontrarme allí, espátula en mano. Sonrió, se cruzó de brazos para verme trabajar y yo hice el voto de procurar su destrucción.

La productora acudió al estudio días después. Yo había conseguido levantar un tercio de los esputos tornados estalagmita y disimulado el resto mediante el reacomodo de mesas y luces. Poco del ambiente de caldera infernal acostumbrado quedaba allí. Me distraía con la lectura de una libretita de apuntes encontrada al desplazar una mesa (Arturo anotaba en ella ideas para guiones) cuando escuché voces, palmadas, un beso discreto y la voz del Animal, tan cordial que tardé en reconocerla.

Nadie me lo había prohibido, pero asumí que no era conveniente que un muchachito despeinado se presentara

en la negociación de un contrato. Salí por una puertecita lateral y me largué. Por el camino revisé la libretita de los guiones. No había duda de que a Letrán se le ocurrían algunas ideas. Sin embargo, en un arranque prematuro de la bestia petulante que llegaría a ser, arrojé la libreta a la puta calle. Que la Historia o Satanás se ocupen, pensé, y nunca me he arrepentido, aunque hoy podría encontrarse quien pagara bien por esas hojas. A cada aparición, le digo en la mente al hipotético comprador: ve y chinga tu madre.

El Animal vino a casa por la noche y dio la noticia: se había firmado el contrato ofrecido por la hermanita de la ciega. Arturo y él (jerarquía que parecía fruto de alguna de las discusiones maritales que sostenían) diseñarían y construirían cuarenta juegos de disfraces para promover las diferentes mascotas de una cadena de videoclubes. El Animal había obtenido un permiso en la universidad y no regresaría a clases por tres meses (estudiaba por ocio: tampoco importaba). Así, pues, riqueza y prosperidad sobrevendrían y todo sería, en adelante, feliz.

Había, sin embargo, un inconveniente. Arturo había decidido que, para asegurar la calidad del proyecto, trabajarían con profesionales. Era la manera benévola de informar que Letrán, el burgués gentilhomme, me había vetado y el Animal había sido incapaz de mantener la plaza. Para mayor humillación, mi hermano fue invitado a unirse al barco pirata. Se le ofreció un sueldo mayor al que llegué a percibir durante los días de la Moniní.

—Ahora hablamos —susurró el Animal cuando mi hermano volvió de comunicar a nuestra madre su reclutamiento.

Me ardía la garganta. Por mi mente circuló una procesión de relámpagos: los gargajos del Animal, retirados a golpe de espátula; el robo del *Memorial*; la deuda no pagada por la Moniní; las jetas de Arturo. Mi hermano fue a servirse agua y el Animal me estrujó el antebrazo.

—Es brujería. Hice uno de los hechizos de tu *Memorial de Alta Magia* y, aunque al principio no lo creí, funcionó. Tengo mujer, tengo trabajo, vendrá dinero. Tu libro es una puta maravilla. Véndemelo.

—No.

Regresó mi hermano y nos encontró mirándonos con aborrecimiento, gárgolas en el alero de una catedral.

—Sírvenme agua —rogó el chaparro entre dientes, señalando el vaso de mi hermano.

Volvimos a susurrar apenas salió de la vista.

—Véndeme ese libro. Te pago lo que te debo.

—Eso no es vender. Me vas a pagar lo que me debes y me vas a contratar.

—No le gustas a Arturo.

—No hay libro.

El Animal eructó. Obtuve el *Memorial de Alta Magia* de su escondrijo y me largué. Antes de perderme por la escalera, noté que me miraba como un Fumanchú, ojos entornados hasta desaparecer. No me importó. Lo maldije y me recliné en los enigmas de la hechicería que, como cualquier iniciado sabría responder, no se compran: se merecen.

De madrugada, insomne y en la oscuridad, me torcía, cavilaba. Una franja de luz estiró los dedos a través de la ventana; le di la espalda. Cómo era posible, me indigné, que el *Memo-*

rial hubiera dado fortuna a alguien tan refractario a gozar de ella como el Animal. Y cómo, en correspondencia, mi buena estrella caía.

No volvería al estudio jamás o al menos no lo haría mientras Arturo Letrán, genio en ciernes del cine mexicano, despachara allí. Me sentía víctima de una catástrofe: expulsado del *Nautilus*, dejado atrás por Quatermain y su columna de porteadores. ¿Qué viaje en un cacharro submarino, qué expedición desesperada, qué gesta sobre la montaña, bajo el agua o arriba, en los cielos, podría compararse con la que me había sido arrebatada? Un desalojado del paraíso, eso era: un Luzbel. A Luzbel le dolía el estómago.

¿Cuál jodido hechizo había utilizado el Animal? Revisé el *Memorial* en busca de las marcas de su pata, pero no conseguí dar con ningún doblez revelador o mancha sospechosa, ninguna rasgadura o quiebro en el papel que revelara el conjuro. Abandoné la búsqueda y cerré el mamotreto. Me dije que lo necesario era desear la muerte de mi amigo y localizar un hechizo que la garantizara. Se le llama, a veces, vudú, recordando las películas en que un sabio profesor es muerto por nativos rencorosos. Recorrí, otra vez, páginas y renglones. Una niebla en la cabeza me impedía encontrar el camino a través del libro. Imposible elucidar nada. Apagué la luz pero el picor no menguó. Encendí la luz. Volví a las páginas del *Memorial*.

No era más que una marca en el centro de la página, un dedazo en el corazón del papel, una yema que había querido remarcar el *eureka* de su propietario. El pasaje señalado por el dedo del Animal resultaba oscuro, pero no más que otros de los que plagaban el *Memorial*. Al iniciado que quisiera mejorar su fortuna con las mujeres y hacerse de un dinero se recomendaba esta receta: recubrirse el cuerpo con un linimento

formado por semen, tréboles y chocolate casero (que podía ser sustituido, si hubiera escasez del producto, por mierda de galápago). Una vez untada la melaza sobre piernas, brazos y torso, era menester recordar pasajes de la propia vida e imaginarles mejoras, de forma que cada fracaso pasado se revirtiera.

Recapitulé. Podría obtener el esperma mediante métodos naturales y placenteros; hacerse de los tréboles y el chocolate no sería problema. Había, en suma, recobrado el entusiasmo. La magia me había traicionado; ahora debía ser capaz de restituirme a mi legítima posición.

Embadurnado el cuerpo del menjunje indicado y desnudo yo, el brujo, sobre la sábana, a la luz que la ventana filtraba, la puerta de la recámara atrancada y sosegado el ánimo, me dije esto, del modo que el *Memorial* recomendaba:

Yo.

(Susa.)

Deserté de la escuela gobernado por un impulso irrefutable.

(La mirada de Susa.)

Mi evasión comenzó un lunes, el segundo del calendario académico, y no se remedió sino treinta y siete semanas después, cuando regresé, apenas a tiempo, a un salón de clases que me desconocía.

(Las piernas de Susa, mis manos bajo su falda.)

Apenas si pude improvisar, a mi regreso, unos trabajos largamente atrasados y rendir los exámenes que me están salvando la cabeza.

(Entrar al cuerpo de Susa.)

No dediqué aquellos días de deserción, que hoy me parecen tan deliciosos, a mejor actividad que perder el tiempo y, más tarde, a solazarme en el empleo más afortunado del planeta, empleo que hoy deseo recuperar.

(Es helado, entrar es helado, es acariciarse los nervios con un cubo de hielo.)

No recuerdo haber tenido un plan articulado al aceptarlo.

(Perderse.)

Simplemente, me aburrí de las materias de estudio que la escuela ofrecía.

(Jalonearla, ocuparla.)

La contabilidad y la física resultan demasiado banales o estúpidas para entregarles el menor arrebato.

(Lamerla.)

Mis intereses son más ambiciosos: lo que más anhelo en la vida es dominar la magia ritual.

(Mirarla, abrirla y mirar. Como saben todos los grimorios del mundo, al Diablo se le jura lealtad con un largo y penetrante beso en el culo.)

Mis primeras mañanas de libertad consistieron en paseos y asomos por lugares inverosímiles para un escolar. Aunque salía de casa con una mochila llena de cuadernos y libros, no llegaba a dirigirme a la escuela.

(Un sabor agrio, sutil.)

Vivía la lenta espera del milagro que justificara mi escapatoria. No podía intuir que el milagro era la escapatoria misma.

(Ser mordido.)

A medida que los días de asueto se extendían y mis promesas internas de regreso eran incumplidas una y otra vez, decidí que la vagancia debería tener alguna coartada pedagógica.

(Meterle los dedos a la boca.)

Acabé por aceptar un trabajo en la empresa dominada por un príncipe malvado y su enano servil.

(Y acariciarla con dedos mojados.)

Aún hoy enumero hechos auxiliándome con los dedos y soy incapaz de realizar operaciones matemáticas sin ayuda de una cal-

culadora, pero he conseguido ser un maestro del Arte Menor, uno que puede elaborar elixires poderosos, y estoy en camino de dominar los rudimentos del Gran Arte.

(Entrar.)

Voy a regresar al estudio, voy a convertirme en aquello que me deba convertir, quiéralo o no el Animal, quiéralo o no Arturo Letrán, y tendré dinero y fortuna con las mujeres, tendré una corte de seguidores leales y nadie con un centímetro de cerebro preferirá lo que haga Letrán a lo que haga yo

(las piernas de Susa)

escribiré guiones y en ninguna escena asomará un solo puto lobo de mierda

(el calor del cuerpo de Susa, mis dedos dentro de Susa)

y sí, justo, sí, haré películas llenas de sangre pero sin lobos, películas que sean lo que verdaderamente deba hacerse

(las nalgas de Susa, mis manos en las nalgas de Susa, yo dentro, mi lengua dentro)

y haré y haré una película o cien películas y un día Letrán verá lo que es real, verá, sin lobos, verá

(la cara de Susa, Susa, las tetas de Susa)

verá.

Eso.

Verá.

Ya verá.

Verá.

Si fuera un gnomo, habría conseguido en ese momento el ingrediente indispensable para volverme invisible.

—Lo dejó la ciega —declaró mi hermano al volver del trabajo—. Está insoportable y no me paga. Ya renuncié.

Habían sido, los últimos, unos días magníficos. Acudía a la escuela, salía con Susa, leía novelas en las que transitaban y colisionaban frases sin interés (saltaba veinte páginas y luego otras veinte en busca de pasajes pornográficos y abandonaba el campo si no lograba dar con alguno), miraba en el televisor toda clase de películas y procuraba tomar nota de sus méritos. Quería, lo supe desde el principio, hacer una cinta como aquéllas, pero no tenía idea de cómo empezar, siquiera, a imaginar.

—Se habrá aburrido, la ciega.

Mi hermano bufó al quitarse las botas. Cubierto de pies a cabeza por manchones de caucho, sólo gracias a una pañoleta y notables esfuerzos (incluido, según confesó, el de no realizar labor alguna en el estudio) había conseguido mantener el cabello intacto.

—Algo peor. Se va a Japón, a estudiar. Se va mañana y, como no pensaba dejarse convencer de lo contrario, no le dijo nada. Mañana vuela.

Mi hermano rió por lo bajo.

—Y el Animal, destrozado —intuí.

—Sí. Tose de nuevo como loco y escupe esa mierda de gargajos todo el día. Ayer rompió una puerta de un puñetazo mientras hablaba por teléfono. Porque, además, la ciega no quiere verlo más. Así que la llama, cada hora, y ella lo manda a la mierda por teléfono puntualmente.

—Qué puta.

Mi hermano restregaba sus manos con cierto desánimo, en el intento de retirarse alguna putrefacción adherida a la piel.

—¿Por qué? No estará mal, Japón. Mejor, seguro, que esta mierda de ciudad. Yo creo que hace bien, la ciega. Si lo mejor que tiene aquí es un enano jorobado, hay que migrar.

La noche parecía llena de posibilidades para realizar conjuros y maldiciones.

—Por otro lado, está bien que lo despachen. El Animal era más gracioso cuando no le hacían caso. Desde que estaba con la ciega, lo más divertido que podía hacer era contarle a todo el mundo cómo se la cogía.

Decidí emplear el dinero que conservaba en festejar el éxito de mi hechizo: al día siguiente llevaría a Susa al centro, comeríamos sushi, le compraría un amuleto para colgárselo al cuello, adquiriría una baraja de tarot y me instruiría, mediante su exégesis, en los signos del porvenir.

—No me gusta el sushi —opuso Susa, una vez que terminé de exponerle el itinerario—. Pero vamos, si quieres. Bueno, no sé si me gusta. Nunca he comido. ¿Es carne cruda? ¿Y si vomitamos? ¿Quieres verme vomitar?

Reía al decirlo.

Éramos felices.